

» ¡Cuántas veces, señor, la turba ciega de loco tilda al cuerdo que en sus glorias con sus ideas distraído juega siendo sólo sus dados las memorias! Nunca este grito me quitó el sosiego, pues sabía muy bien por las historias que mil veces de loco fué tildado quien padeció del genio el mal sagrado.

» De Beatriz la historia lacerante sí no os da enojo os contaré mañana, esposa sin marido, oculta amante, madre sin hijos, maldecida hermana. Fueron los días que la amé un instante, porque los años en la vida humana, dulces alguna vez, otras amargos, ó tan rápidos son, ó son tan largos!...

» Pues, siguiendo mi vida malhadada, sin esperanza ya, como os decía, volví al convento, y me anuncié á la entrada más pobre que otro tiempo todavía. Fray Pérez comprendió de una mirada que sólo hallado por el mundo había odio, desprecio, olvido y amargura: ¡es tan fácil de hallar la desventura!

» El alma del guardián de rabia henchida, escribe á la gran Reina; y siempre buena, de este su antiguo confesor dolida, que vaya Pérez á la corte ordena. Fué. Habló á la Reina y me llamó en seguida. Dudo en volver; mas viendo que Marchena cura mi herida y mi dolor acalla, torné otra vez al campo de batalla.

» De nuevo en mi favor abren campaña Luis Santangel y Alonso Quintanilla, y á los pies de los Reyes me acompaña la marquesa Beatriz de Bobadilla. La marquesa es hermosa hasta en España: bellos sus ojos son hasta en Sevilla: nadie una vez su imagen tuvo enfrente sin llevársela impresa eternamente.

» Blanco su cutis, rojos sus cabellos, muestra gentil Doña Isabel primera. Del cielo azul sus ojos son destellos. Grave es su andar; graciosa su manera. Es tan casta, que nadie sus pies bellos ni al ponerles la unción verá siquiera. Su faz, sombra y espejo de sí misma, un pensamiento silencioso abisma.

» Dulce en la paz, es en guerrear constante. A la firmeza y la bondad propensa, como en torno de un astro gira amante cuanto siente junto á ella y cuanto piensa. Sirve con humildad, manda arrogante. Es su mirada reflexiva, intensa; nunca ví de ojo humano los reflejos ni venir de tan hondo, ni ir tan lejos.

» Al católico Rey, á juicio mío, le llaman bien, aunque con forma extraña, el *pérfido* Inglaterra, Italia el *pío*, Francia el *avaro*, y el *prudente* España. Calculador, sagaz, taimado y frío, será mucha su fe, grande su maña; pero aunque algunos me apelliden loco, Su Alteza nuestro Rey me gusta poco.

» Cuando en mi pacto el Rey ve que arrogante ser rico, y don, y hasta virrey pretendo, juzga mi pretensión exorbitante... ¡Aun de enojo pensándolo me enciendo! — Alzó aquí Don Elías el semblante, y tan extrema pretensión oyendo, murmuró por lo bajo y poco á poco: — «Tiene razón la gente; este hombre es loco.»

Colón siguió: — «Con la ruindad que veo, ¿qué hago? me alejo y me dirijo á Francia; mas de la Reina me alcanzó un correo en un puente á dos leguas de distancia. No me atrevo á volver, y lo deseo. Mas de la Reina al escuchar la instancia, á ella obediente y á mis quejas sordo, mi bestiezueta ruin viré de bordo.

— *Al veros ir*, me dijo el mensajero, *hablaron á la Reina de Castilla Santangel, de Fernando tesorero, y el contador Alonso Quintanilla.* — Torno á la corte al fin, y allí me entero que la hermosa Beatriz de Bobadilla volvió también providencial su gracia á poner entre el trono y mi desgracia.

» Entró la Reina á ver, y así se expresa con rostro altivo y con afable acento: — *En vez de perlas, como vos, Marquesa, ceñir con flores mi cabeza cuento. Vended mis joyas, pues costear la empresa por mi Corona de Castilla intento.* — Dijo; y por Dios que al pronunciar tal cosa, además de sublime estaba hermosa.

» Firmóse el pacto al fin ¡sea en buen hora! donde *don* y *virrey* se me nombraba. Don Elías, cual yo, ¿no veis ahora que en este mundo hasta el dolor se acaba? Ya soy *don* por la Reina mi señora, cuando simple Colón morir pensaba. Siempre creí que en los humanos duelos cuando el mundo se va, vienen los cielos.

» De mi vida dan fin los tristes fastos. Firmando Reina y Rey las condiciones, ya mis proyectos, cual ningunos vastos, la envidia van á ser de las naciones. Para cubrir la octava de los gastos, generosos conmigo los Pinzones jugaron su fortuna con mi ciencia al juego de la oscura providencia.

» Ya prontos, en la iglesia del convento confesamos, y á Cristo recibimos; nos dió Marchena en un sermón aliento, nos bendijo, rezamos y partimos. Desanclamos por fin. ¡Fresco era el viento! ¡Gracias al cielo! Hasta que al mar nos dimos fué mi vida entre tristes desengaños un sueño de diez lustros y seis años.

» Pasó un sol y otros dos; y al cuarto día de la *Pinta* el timón desenclavando, ya *Quintero* azuzó la rebeldía, mal sino entre mis gentes augurando.

Peró *Martín Pinzón* en su osadía, con cabos el timón asegurando, — *Si se rompe un timón*, dijo á Quintero, *el componerlo es el mejor agüero.*

» Roto el timón de nuevo al quinto día, hice rumbo á Canaria en los siguientes. Dejé la *Pinta* allí, y á esta bahía vine á enmendar ligeros accidentes. Juzgando al fin repuesta su avería, por la *Pinta* volví; pero mis gentes, cuando el volcán de Tenerife vieron, morir quemados en la mar temieron.

» Torné aquí á vituallar. Mi historia es esa. Pronto zarpar de la Gomera espero. A mi ventura, que de huir no cesa, la suprema embestida darla quiero. No dudéis, Don Elías, de mi empresa. Fiad en mí, porque cual nunca fiero, ya voy del mar por el triunfal camino batiendo en retirada á mi destino.» —

Calló Colón. Se levantó á estrecharle lleno de afecto y de dolor su oyente; mas al ir Don Elías á abrazarle, pensó en su empresa y le creyó demente. Miró. Se santiguó. Tornó á mirarle. Se volvió á santiguar. Y tristemente, con faz entre espantada y lacrimosa, marchando murmuró no sé qué cosa.

CANTO VI

BEATRIZ ENRIQUEZ

RESUMEN

Continúa Colón la relación de su vida. — Encierro de Beatriz. — Nacimiento de Fernando Colón. — Matrimonio secreto. — Fragmentos de las cartas de Beatriz Enriquez á Cristóbal Colón. — Conclusión del canto VI.

PRIMERA PARTE

En el mismo lugar, al otro día, de Beatriz Enriquez, que aun adora, las memorias Colón así leía al buen señor que de escucharle llora: — La historia, que es lo triste de la mía, vais á escuchar de la que aun es señora de *aquí* y de *aquí*, — dijo, y clavó elocuente una mano en el pecho, otra en la frente:

— «A dos leguas de Córdoba traída, y en un castillo con rigor guardada, amando más la muerte que la vida, hoy te escribe, Colón, tu prenda amada. — *El fruto de tu amor, Beatriz querida, es fuerza dar á luz aquí encerrada*, — dijo, cerrando mi prisión mi hermano, con la altivez feroz de un castellano.

— »Llevaréis por vuestro hijo eterno luto,
si lejos no vivís por siempre — dijo —
de vuestro amor y de su amante fruto
(y al hijo, y á mí y á vos aquí maldijo):
si rendís á mi alcurnia este tributo,
ileso á vuestro esposo irá vuestro hijo. —
¡Cuántas eternidades de contento
hallaron su sepulcro en un momento!

»Y añadió al concluir: — *De vos reclamo
una mudez perpetua, aunque penosa,
pues vuestra sangre verteré, que aun amo,
si alguno os sueña de Colón esposa.*
— ¿Y no he de verlos nunca? — entonces clamo:
y él, mi mano estrechando temblorosa,
dice con rabia que su aliento trunca:
— ¡Nunca! — ¿Y el día de mi muerte? — ¡Nunca!

SEGUNDA PARTE

»Nada importa la ausencia: aquel que adora
ve siempre el culto de su amor presente;
para el recuerdo no hay ni *antes* ni *ahora*,
sólo hay para el recuerdo *eternamente*.
Por eso eternamente hora tras hora
mi mente vive y vivirá en tu mente;
nunca el rencor, luchando, alcanzó palmas
en la memoria, patria de las almas.»

TERCERA PARTE

«¡Ay! ¡me arrancaron con brutal exceso
el hijo que mi dicha hace ilusoria!
¡Sólo un beso le dí, tan sólo un beso!
¡Adiós, vida de amor, sueños de gloria!
Solamente en fantástico embeleso
desde hoy lo besaré con mi memoria,
pues para dos que se aman es sabido,
que los recuerdos son besos sin ruido.»

CUARTA PARTE

«Ya á nuestro hijo, por fin menos esquivo
puso el cielo en tu amante compañía;
fiero y leal, benévolo aunque altivo,
cumplió mi hermano la esperanza mía.
¡Cuál su faz besarás de mármol vivo!
¡Con qué gozo verás día tras día,
entre la luz que irradian de los cielos,
mi espíritu cuajado en sus ojos!»

»Sepárale del ruido con cautela
que en torno á la inocencia airado zumba;
con la virtud su espíritu abroquela,
antes que al cebo del placer sucumba;

probadle que la dicha es bagatela
que nada vale al borde de la tumba,
que sólo compra el celestial tesoro
de la virtud y la desgracia el oro.»

QUINTA PARTE

«No hago más que llorar; el llanto entiendo
que lento el mal del corazón me enfrena;
pues lágrima tras lágrima corriendo,
descargándome van pena tras pena:
desangrando mi espíritu, voy viendo
tranquilo el corazón, mi alma serena,
porque es el llanto que las penas calma,
sangre de las heridas de nuestra alma.»

SEXTA PARTE

«¡Ah! ¡cuál me atrae en vértigo halagüeño
del sepulcro el abismo poco á poco!
Mis sueños reduciendo á un solo sueño,
como un sueño inmortal la muerte evoco:
pasajera embarcada en un ensueño,
al límite feliz del viaje toco;
ya en su dolor mi espíritu, las puertas
que sólo se abren hacia allá ve abiertas.

»Roto en pedazos de mi vida el prisma,
ni á ver atino, ni á pensar acierto;
mi alma que el vaho del sepulcro abisma,
ve sombras en lo real, luz en lo incierto.
No extrañéis ya que os hable de mí misma
cual si hablase de un sér que lloro muerto,
y cuya alma á gemir, á otra alma unida,
del otro lado vuelve de la vida.»

SÉPTIMA PARTE

«¡Adiós! hoy pronta, si antes perezosa,
ya á la muerte tranquila me avecino;
mi suerte ha sido aquí tan lastimosa,
que aguarda allá mi fe mejor destino.
¡Adiós, adiós! Si antes que vos dichosa
llego á emprender el último camino,
siga mi huella vuestra huella amante,
yo no os dejo, mi bien; voy más delante...»

— «Esta es — dijo Colón — la oculta historia
que á la suerte de España unió mi suerte» —
su cabeza gentil, sol de la gloria,
entre ambas manos sepultando inerte.
Y erguido luego — «sólo su memoria
de *aquí* y de *aquí* separará la muerte» —
dijo, clavando en lágrimas deshecho
una mano en la frente, otra en el pecho.

VIENTOS ALISIOS

RESUMEN

Se dió Colón á la vela en la madrugada del 6 de setiembre de 1492, saliendo de la isla de la Gomera. — Tres días de profunda calma. — Las legiones infernales entorpecen la acción de los vientos. — Las sombras del infierno corren á perseguir la flota. — La Idolatría. — La Envidia. — La Ignorancia. — La Esperanza hace la flota invisible. — La Caridad convierte á las legiones infernales en los vientos alisios. — El día 8 se levantó con el sol una brisa favorable. — Promesas de Colón, y orden de que no anduviesen por la noche después de las setecientas leguas. — Consternación de los marineros. — Desaparecen del horizonte las alturas de Ferro.

Repuesta de la *Pinta* la avería,
y vituallada ya la flota entera,
de la quinta semana al sexto día
zarpó la expedición de la Gomera.
Se arroja al mar Colón con alegría;
pero la tropa, á quien el miedo altera,
de nuevo el mar á trasponer se lanza
sin placer, sin valor, sin esperanza!

Se alejan ya... Del mundo con espanto
para siempre tal vez se desheredan.
¡Cuán tristes van! Los de la isla en tanto
no hay modo de que ahogar sus ayes puedan.
Como en Palos, les mueve á verter llanto
lo mismo á los que van que á los que quedan,
si el amor antes, la piedad ahora.
¡Cuánto en el mundo, santo Dios, se llora!

Pasa un día... Los céfiros no alientan.
Las naves, bajo un cielo bochornoso,
como rocas inmóviles se ostentan.
¡Cual la tumba el sosiego es silencioso!
¡Cuánta angustia! Los hombres se impacientan
molidos bajo el peso del reposo,
dudando alguna vez, no sin motivo,
si el límite es aquel del mundo vivo.

Pasó otro sol. Un proceder villano
del Rey de Portugal Colón temía.
Aun tocan la Gomera con la mano
en la mañana del tercero día.
¿No recordáis las sombras que inhumano
el Teide vomitó cuando decía:
— Esos son, esos son; soltad los vientos:
desatad, desatad los elementos? —

Esas son las legiones que el ambiente
á encarcelar en su mansión se atreven:
presas entre su cerco transparente,
asfixiadas las auras ni se mueven.
Los vientos enredando mansamente,
las sombras en los céfiros se embeben,
del aire vano entretejiendo un velo
claro y sutil como la luz del cielo.

¡Calma chicha! Del mar en los desiertos
nada se mueve: ni olas se columbran.
¡Sobre los cascos de los buques muertos,
cual sudarios las velas se derrumban!
¡Ecos se oyen no más de ecos inciertos,
donde tremendas las borrascas zumban!
Turbia es la luz. — La atmósfera es espesa. —
¡Cuán grave sobre el mar el cielo pesa!

¡Casi es mejor! En su furor violento
las prisiones al fin rompen secretas,
y se mueven también, soltando el viento,
fatigadas las sombras de estar quietas.
Por eso en remolino turbulento,
el mar las sombras removiendo inquietas,
van los bajeles con rencor buscando...
¡Bien! ¡ya si mueren, morirán luchando!

Mandando una legión la IDOLATRÍA
muestra procaz su destructor intento:
enhiesto el rostro, al cielo desafia,
descocado el mirar, bronco el acento:
ágiles brazos de actitud bravía,
húmedo el bello labio ceniciento,
que dan á ídolos mil en torpes lazos
con múltiple fervor besos y abrazos.

Va otra legión tras de la ENVIDIA ingrata,
que de herir la ocasión busca perspicua,
pues ponzoñosa á cuanto apunta mata,
recto el intento y la mirada oblicua:
hipócrita sus víctimas acata,
afable el rostro y la intención inicua:
vil sér, que para herir el pecho ajeno
jamás la espada usó, siempre el veneno.

La IGNORANCIA va allí, rudo el semblante,
donde lo atroz compite con lo necio;
niño en pensar, aunque en poder gigante,
ni da valor al mal ni al bien aprecio;
actor sin voluntad, máquina andante,
que más lástima inspira que desprecio,
más bien que un sér que acciona porque vive,
de otros, cual muerto sér, su acción recibe.

Mientras que en busca de la flota avanza la satánica grey que al mar azota, haciéndola invisible la ESPERANZA, la fuerza vil de su rencor embota: con sus alas en plácida bonanza la envuelve sutilísima, y la flota de luz tejida entre el radioso velo su color pierde en el color del cielo.

Es la equívoca luz de la esperanza invisible visión que nos fascina, próxima siempre, y siempre en lontananza, que sin llegar á verla se adivina. Fulgor que si la vista á herir no alcanza, del alma lo recóndito ilumina: luz inextinta, que aunque luz se nombra, es del deseo inseparable sombra.

La flota, así invisible, se desliza entre esta luz ó sombra del deseo, mientras el mar un vientecillo riza que alza la grey con rápido aleteo; va una vez, y otra vez, resbaladiza en mudo é ineficaz revoloteo desde Oriente á Poniente, y de Poniente vuelve rauda á surgir por el Oriente.

Y en tanto que la FE las naves guía, la ESPERANZA velándolas prosigue, y con ardor la CARIDAD decía al vil tropel que en vano las persigue: —Así vuestro camino, en fácil vía tornando Dios, vuestro rencor castigue, y que el viento que alzáis, perpetuamente haga próspero el rumbo de Occidente. —

A esta bendita-maldición heridas, sin que en su curso contenerse puedan, las visiones, de un vértigo impelidas, el globo sin cesar ruedan y ruedan. En los *vientos alisios* convertidas, rodando el mundo para siempre quedan. Así de un mal que provocó el infierno hizo un bien la virtud que será eterno

Desde entonces la turba desenvuelta, nuestro globo rodando y más rodando, á la flota, que en luz camina envuelta, ignorante á su fin la va arrastrando: y así la turba en aire alisio vuelta, las flotas y las flotas ayudando seguía, sigue y seguirá obediente la ruta de Colón perpetuamente.

¡Gracias á Dios! Los céfiros suaves ya hacen crujir, soplando, las entenas; las velas otra vez ondeando graves ya se hinchán como pechos de sirenas. ¡Nueva consternación! Al ver las naves sobre las aguas resbalar serenas, muda exclamó, mirándose la gente: — ¡Se acabó todo: adiós eternamente! —

En términos hablando altisonoros, dar promete á la chusma el Almirante en Manguí y en Cathay cuantos tesoros puede soñar un alma delirante. Mas ni sus ayes templan ni sus lloros, al contemplar que, dentro de un instante, se verán en la mar tan solamente de su pena y recuerdos frente á frente.

Y para no encallar, Colón prudente en tono les previno muy sincero: —Que á setecientas leguas á Occidente parasen por la noche el derrotero. — Tal previsión creyendo impertinente, siempre rebelde murmuró Quintero: — En cuánto á mí, poco el temor me aterra de estrellarme los ojos contra tierra. —

¡Viento en popa! Ya el límite remoto de Ferro ven desaparecer por grados... ¡Tienden la vista al mar por siempre ignoto, y todos quedan de pavor helados! No piensa en ese mar ningún piloto sin sentir los cabellos erizados, y sin mostrar, mirándole delante, turbios los ojos, pálido el semblante.

Lloran gritando: ¡Adiós! Cuanto más se anda más del amor se ha de aumentar la queja: con la distancia la pasión se agranda, como la sombra cuando el sol se aleja. Lo que anda el buque, el corazón desanda hacia el amor volviéndose que deja y que en sombras tal vez se le aparece: ¡cuánto el cariño la distancia acrece!

Llega la noche. Una postrer mirada tienden á Ferro antes que el mar la suma.. ¡Aun se ve! ¡No se ve! Sí... No... Sí... ¡Nada! ¡Nada más que agua, aire se ven, y espuma! ¡Buen viaje! ¡Adiós! La chusma consternada ya sólo mira en derredor la bruma, la sombra, el cielo, el aire, el oleaje.. ¡Ya no se ven por fin!... ¡Adiós! ¡Buen viaje!..



AMOR Y CELOS

RESUMEN

El día 10 de setiembre anduvieron sesenta leguas. — A la luna. — Escena de amor entre Zaida y Rodrigo. — Tentativa de asesinato de Nuño contra Rodrigo. — Acción generosa de Rodrigo. — Sigue la misma escena de amor.

El diez no corren, vuelan. — En su vuelo ni un ave ni una roca á ver se alcanza; no parece sino que el alto cielo recogió de estos mares la esperanza. Ahora de Nuño contaré el anhelo, mientras veloz la expedición avanza. ¡Cuándo no fué, para nuestra alma, amena una historia de amor, aun siendo ajena!

Zaida feliz, Rodrigo venturoso, pasan las noches de su amor gozando; mientras que Nuño, á veces rencoroso, su amor entre las sombras va espiondo. Tiernos aquellos dos, y éste celoso, el diez estaban, cuando el sol brillando del mundo hacia ese fin que el mundo ignora, iba á buscar los campos de la aurora.

De clara sombra inagotable fuente, brilla la luna allí cerniendo el sueño; parece un sér que con nuestra alma siente, unas veces sombrío, otras risueño: para todo infeliz, numen doliente; para todo el que ríe astro halagüeño: maga que al triste y al alegre asiste, alegre como luz, cual sombra triste.

En su dulce, cruel ó amante anhelo, por confidenta en su pasión la imploran el aterido habitador del hielo, los que en las zonas de las flores moran.

Campo de cita, á donde en manso vuelo á verse van los que en ausencia lloran: anillo universal que, en paz amiga, los vagos cuerpos de las almas liga.

Sentado al borde de la *Pinta* un día Rodrigo, con la prenda á quien adora, está amoroso como estar solía una vez y otra vez, hora tras hora. Junto á ellos Nuño, entre la noche umbría llegando como sierpe trepadora, por la parte exterior del borde asido celoso escucha con atento oído.

Con el amor que le devora ardiente — ¿Me amas, Zaida? — Rodrigo la decía; y en el inmenso amor que Zaida siente — Con amor sin igual, — le respondía. — ¿Y siempre me amarás? — ¡Eternamente! ¡Oh sueños de la humana fantasía! Para un cariño como el de ellos tierno, todo es inmenso, sin igual, eterno!

Así siempre el amor rey se ha soñado más que los bronces y los tiempos fuerte, cuyo imperio invencible y no acotado los límites traspasa de la muerte. De incorruptible edén sér expatriado, la lengua habla de Dios, y de esta suerte muestra el amor que se engendró en el seno donde todo es eterno, hermoso y bueno.